

Juan de Dios, para entrar en San Lázaro. Ya viste su sorpresa, y la resistencia infructuosa que opuso, al descubrir el fraude. Nada le valió, y el infeliz está ya en el sepulcro.

Ya lo ves, amigo mío. Dios no abandona jamás á sus pobres creaturas. Yo, que tanto temí la soledad, el aislamiento, con todos sus horrores consiguientes, encuéntrome hoy con un joven sensible, capaz de comprender mis penas; con un eclesiástico, que me las dulcifique; y con un médico respetable, que así trata y alivia las enfermedades del cuerpo, como aleja las del alma. Todos ellos son mis amigos. ¿Qué más puedo apetecer? ¡Ah! yo espero en Dios, que ha de mirarme siempre con piedad!

Escríbeme siempre que puedas. Cuando veo letras de mi padre, ó de mis amigos... en ese momento soy feliz. ¡Si supieras cuánto se necesita para que un leproso pueda decir: "Soy feliz."

Adiós, Manuel mío. No abandones á mi padre: ámalo, como yo lo he amado. Abraza á Melchor; y acuérdate siempre de mí.



CARTA V.

Antonio á Manuel.

San Lázaro, 5 de Febrero de 1824.
 ¡Oh Manuel mío queridísimo! Tú restituyes á mi pobre corazón, gran parte de la tranquilidad perdida. Gracias, amigo mío, gracias. Hay cierta clase de beneficios, que no pueden corresponderse aquí. Sólo la infinita bondad de Dios, es capaz de recompensar merecidamente esas acciones, que no tienen nombre, que no pueden calificarse, ni estimarse en su justo valor. ¿Cómo llamar á una generosidad sin límites, unida á esa benevolencia y cariño verdaderamente filial, con que te has consagrado á consolar á mi pobre y has consagrado á consolar á mi pobre y anciano padre, después de haber perdido sin remedio, al único hijo de su amor? ¿Qué precio tienen tus nobles sentimientos?

tos, amigo mío, expresados con esa unión religiosa, con ese aire de convicción profunda con que me los transmites, derramando así, sobre esta infeliz criatura un consuelo indefinible? Tu carta, tu primera carta, tan deseada, me ha hecho llorar; pero he llorado de ternura, como se llora al escuchar ciertos sonidos misteriosos que hay en la naturaleza, sonidos que forman una armonía, más misteriosa aún, en nuestro corazón, y que nos arroban, nos elevan hasta Dios.... Gracias, otra vez, y mil, Manuel mío: gracias.

Con un corazón tan bueno y tan sensible, como el tuyo, no extraño que el suceso de Regino te haya causado la emoción que manifiestas. ¡Tan joven, y haber pasado ya por los trances más amargos de la vida! Está inconsolable: llorando hilo á hilo, mis palabras de consuelo apenas le hacen impresión. La mayor parte del día está en mi compañía; pero sus frases son cortadas, y conozco que, por ahora, prefiero la soledad y el silencio, á cualquiera otra distracción. Nada me ha dicho de nuevo, después de su conversación del primer día. Está triste, y atribulado. Algo pasa en su interior, además del pensamiento de su situación actual. Compadécete, otra vez, amigo mío; porque aun sin sus particulares circunstancias, un pobre leproso siempre es digno de lástima.

Aunque la hinchazón notable de mis dedos, me molesta demasiado; mientras sea posible traer la pluma entre ellos, te ofrezco complacerte, escribiendo á mi mejor amigo cuanto en esta dolorosa mansión me ocurra. Y cuando se acerque el término de este destierro, que probablemente no será muy largo, entonces buscaré una mano compasiva que te transmita mis postreros recuerdos, mis últimas palabras, mis pensamientos de la tumba. Ya concibo que semejantes ideas te martirizan, y te atormentan. Pero esas reflexiones van siendo en mí un hábito saludable, y las emito con ánimo sereno, y con toda la tranquilidad de que es capaz un espíritu agobiado, en verdad, pero resuelto á recibir humildemente el castigo de sus culpas. Yo que miro el porvenir como mi eficaz consuelo, la otra vida como mi último refugio, la muerte como el término feliz de mis sufrimientos, y el sepulcro como un seguro é imperturbable asilo, ¿qué debo hacer, sino acostumbrarme á estos pensamientos, melancólicos para el que vive en el seno de su familia, rodeado de amigos, caminando sobre un sendero brillante y sembrado de ilusiones, lleno de salud y de vida; pero importantes y necesarios, para el que, como yo está palpando, de continuo, esta formidable realidad de

San Lázaro? Por eso te dije, y hoy te repito, que mis cartas han de ser siempre una crónica triste, sí, muy triste y dolorosa.

No te lamente, pues, Manuel mío, por el lenguaje que empleo al escribirte. Conozco, sí, conozco y comprendo perfectamente cuál es tu intención, al rogar-me, con tierno empeño, que aleje de mí, ó haga por alejar, ciertos afectos funestos. Pero me pides un imposible, que no está en mi mano vencer. Quede yo curado de esta maléfica y fatal dolencia, olvide yo los deplorables motivos de mi desgracia, salga yo, en fin, de este cautiverio horrible, y verás, al punto, otro hombre.... hombre nuevo, un hombre para quien la sociedad y sus misterios, dejarían de ser un libro inútil é incomprendible.... ¡¡ Delirios!! ¿No crees que comienzo á desvariar? ¿No te parece que ese extraño giro que mis ideas iban á tomar en este instante, es algo ridículo? ¿Quedar curado! ¿Olvidar el origen de mi mal! ¿Salir de San Lázaro! Sería preciso un milagro, y yo soy indigno de que Dios lo haga en beneficio mío, y Dios no lo hará. No sé lo que me digo....; pero él, sí, él sabe muy bien lo que yo quiero decirle, cuando, con toda la efusión de mi alma, le pido que me guíe, que me conforte, que me proteja, y que ilumine. Yo tengo en su bondad inmensa toda mi es-

peranza. Cuando el mundo y los hombres nos abandonan del todo, sólo Dios proteje á la criatura abyecta y desvalida, y jamás le retira sus beneficios. ¡ Bendito sea su santo nombre, bendita su providencia!

De mis tristes privilegios he comenzado á aprovecharme, sin embargo de que, á cada paso se me presentan motivos para no pensar, sino en encerrarme dentro de estas cuatro paredes, y retraerme de las miradas y la presencia de otros hombres. El capellán me repite, sin cesar, que estas primeras pruebas son ciertamente duras y aflictivas; pero que me acostumbraré luego á ellas, y dejarán de producir la funesta impresión que hoy me causan. Y el doctor Frutos añadía: "Estando el hombre tan expuesto á la miseria, ¿tiene acaso ninguno derecho de quejarse, porque, en la distribución de los males de la vida, le haya tocado una parte, que acaso otros apetecerían para sí, prefiriéndola á la que les cupo en suerte? ¿Sabemos, por ventura, cuánta inmundicia y abyección se ocultan debajo de las má brillantes de apariencias de salud, vida y felicidad? ¿Cuántos, amigo mío, darían al cielo infinitas gracias, si, por todo alivio y mejora en su condición, obtuviesen el grado de salud, y los medios de prolongarla de que usted aparece provisto! Medítelo usted bien, y no se alarme

por las injusticias de los hombres, porque eso es demasiado frecuente en el mundo."

Decíanme esto, porque les referí, con acento de la más intensa amargura, un suceso singular, que acababa de ocurrirme, y del cual voy á imponerte. Era el día 22 del pasado; y á las nueve de la mañana, comenzó á soplar con violencia un norte deshecho. Una cerrazón completa, impedía ver aun los objetos más cercanos, á cuyo efecto contribuía una menudísima lluvia, que se colaba de las nubes, arrebatadas en las impetuosas alas del viento. La mar azotaba con fuerza la playa, produciendo un ruido semejante á la detonación prolongada, hueca y no interrumpida de un trueno lejano. Los árboles arrastraban sus ramas por el suelo, y abatían sus elevadas copas. La espuma que depositaban las olas en la orilla, formaban témpanos, como de nieve, que tan pronto se desmoronaban por la fuerza del viento, como se acumulaban de nuevo por el constante choque de las aguas. Las embarcaciones, de que estaba cubierta la bahía, se agitaban en movimiento convulsivo é irregular. Yo no pude contenerme á la vista de aquel sublime espectáculo, que me conmovía extraordinariamente, y resolví salir del hospital, por la vez primera, para pasearme por las orillas del mar, y gozar, sí,

gozar con entera libertad de aquella conmoción de dos poderosos elementos: el agua y el aire. Caléme, pues, un ancho sombrero de palma, forrado de hule; echéme á los hombros una capa impermeable, y, vencidas algunas dificultades sobre lo inconveniente de mi salida en medio de aquel temporal, lanceme fuera de mi prision.

Hay impresiones que no pueden explicarse, y que para comprenderlas, se necesita una situación dada, situación que hubiesen creado muchos antecedentes reunidos. Tú sabes los míos; pero es imposible que sientas, como yo siento, esta situación tan singular. ¡Qué feliz era en aquel momento! ¡Con qué delicioso placer respiraba aquel aire húmedo y agitado! No sabré decirte si la idea vaga de una fuga, cruzó por mi pensamiento; pero si fué así, pasó con la misma rapidez con que aparece y desaparece uno de esos meteoros ígneos, que atraviesan la atmósfera, sin dejar vestigio alguno. ¡Demasiado había pensado, ántes, en las funestas consecuencias que podría acarrear una acción tan arriesgada, tan villana, y de éxito tan poco seguro! Yo no andaba, corría como un loco, y si alguna vez me detenía sobre un calado pedrejón, era para mirar aquel grandioso aparato, llorar, y proseguir después mi excursión, exhalando gritos de una alegría vaga é

indefinible. Realmente, me era necesario aquel desahogo, porque yo conocía que mi cerebro comenzaba á petrificarse, en fuerza de mis cavilaciones diarias. El corazón se dilataba, la sangre circulaba con más libertad, y mi cabeza volcánica se refrigeraba. Ningún ser humano se me presentó á la vista en aquella playa solitaria, y esto imprimía á mis ideas, y á mis sentimientos, un carácter solemne y augusto. Yo estaba solo, y sin testigos, delante de Dios; porque el mar es una de las obras más gigantescas de su diestra poderosa, es el espejo de su inmensidad, y en él se reflejan su poder, su bondad, su grandeza, su independenciancia, y todos sus divinos atributos. Cuando el mar, hirviendo desde el fondo, se embravece, y representa la cólera del Señor, entonces formidables montañas de agua amenazan á la tierra, á las nubes y al espacio: veése una ola, ensoberbecida, saltar sobre otras mil, aumentar su mole con todas ellas, dilatarse hasta un término prodigioso, venir rugiendo con la impetuosidad de un rayo, chocar contra la frágil embarcación que encuentra en su rápida carrera, envolverla como si fuera una paja sutil, sumirla en el abismo, y venir después á estrellarse en la orilla, en donde Dios le dice: "hasta aquí," calmando, de improviso, su furor detenido "allí" por una mano invisible. Pero cuando el mar

está tranquilo, y reflejando la bondad del Creador, es entonces una llanura suave, diáfana, y de color celeste: la luna riela dulcemente sobre la superficie, y presenta un lecho de plata incrustado de zafiros: si una onda espumosa quiere alzarse, al punto queda abatida. ¡Oh! el mar es, lo repito, la imagen de Dios. Elevé hasta su trono excelso una plegaria humildísima, y comencé á volver lentamente al hospital.

De improviso, mi vista se fijó en un objeto confuso, que era el juguete de las olas y del viento. Me detuve, y después de algunos minutos, percibí que aquello era un falucho ó canoa pescadora, que el norte había hecho zozobrar. Mi primer pensamiento, fué que el infeliz pescador, dueño del pequeño esquife, se habría ahogado, ó habría sido presa de algún monstruo marino. Lloré por su muerte desastrosa, y también rogué por su eterno descanso. ¡Su mala suerte, sin embargo, tal vez no podría trocarse con la mía! Mal pensamiento; pero ninguno tiene en sus manos el modo de evitarlo: el mérito consiste en huir de ellos. Figúrate, pues, mi sorpresa, y también mi angustia, al entrever, en medio de aquel desorden, una figura humana que, con una mano, se sostenía del falucho, y con la otra hacía repetidas señales en ademán de implorar socorro. No puedo explicarte mi

confusión en aquel instante terrible, en que veía sufrir todos los horrores y agonías de un suplicio, á un prójimo, á un hermano mío, que luchaba cuerpo á cuerpo con el soberbio elemento. Ignoraba yo cuál sería el mejor medio de librarlo. Al través de aquella densidad que me rodeaba, medí con la vista la distancia que había hasta el hospital, ó el castillo de San Miguel, en donde existía un destacamento. Al punto concebí la imposibilidad de traer oportuno auxilio, de cualquiera de los dos sitios. Miré á derecha é izquierda.... nada: no había que esperar ayuda de ningún ser humano. Entretanto, las olas acercaban con violencia al pobre náufrago, y seguramente iba á perecer, al chocar contra los peñascos de la orilla, si un milagro no lo salvaba.

"Socorro, socorro," grité con todas mis fuerzas, por si acaso acertaba á pasar alguien por aquellas inmediaciones; pero, á la vez, arrojé capa y sombrero, y me preparé á hacer todo lo posible para disputar su presa al mar, ó sucumbir en la lucha. ¡Qué muerte, entonces, más gloriosa y meritoria! Aprovechéme de una especie de caleta, por donde pude escurrirme suavemente, y en un momento logré que mis palabras llegasen á oídos del infeliz pescador. Gritéle que abandonase el esquife, que iba ya á estrellarse inevitablemente, y que procura-

se nadar á un punto que le marcaba, y al cual podía dirigirme sin obstáculo. Cerré los ojos, me lancé al agua, y salí á su encuentro. El primer choque fué terrible, pero la resaca dió lugar á incorporarnos, me abracé con el náufrago, y después de algunos esfuerzos vigorosos, logré traerle sano y salvo á la orilla. El pescador, joven robusto y lozano, apenas comprendía lo que le pasaba. Su agitación era grande, mayor su espanto, y no recobró el uso de sus potencias, sino pasados algunos minutos. Entonces echó una ojeada á su canoa, y sólo vió sus fragmentos. Lloroso, volvió hacia mí, en ademán de abrazarme; pero se detuvo de improviso, miróme con aire turbado, y retrocedió. Olvidándome del motivo de su extrañeza, quise preguntarle; pero haciendo un movimiento brusco, salió de allí despaavorido, con dirección al barrio de San Román, gritando: "¡Jesús, Jesús mil veces: un lazarino, un lazarino!" Mi primer impulso fué de indignación, después lloré amargamente, y en seguida reflexioné que aquel pobre muchacho tenía razón. ¡Paciencia! El cielo no quiso que gozase, sin mezcla de pesar, de aquel momento de satisfacción. Recogí mi capa y mi sombrero, y caaldo de frío y de humedad hasta los huesos, tomé de nuevo el camino del hospital, para meditar en aquel lance terrible, que no se borrará nun-

ca de mi memoria. Si no la filosofía, al menos la religión santa nos enseña á soportar, con paciencia, estas pruebas dolorosas. Sin embargo, tú que has conocido tan bien la susceptibilidad de mi carácter, y la fuerza de mi imaginación, puedes figurarte la impresión que haría en mí este suceso tan desagradable.

Ocurrióme, dos días después del precedente, otro lance que, aunque no tan repugnante como el anterior, no dejó de humillarme. Observaba con un anteojo de larga vista la hermosa bahía de Campeche, desde el castillejo abandonado de San Fernando. Sacóme de mi agradable distracción, una voz cascada y quejumbrosa, que pedía una limosna por el amor de Dios. Volvíme al punto, y dí de cara con un anciano andrajoso, macilento, llagado de pies á cabeza, y hecho una miseria. Saqué dos pesetas del bolsillo, y extendí la mano para dejarlas caer sobre la del mendigo, que imploraba mi compasión. Noté, entonces, que me miraba con cierto aire de pesquisa tan descarado, que llegó á chocarme. Aun mi mano estaba al aire sobre la suya, cuando me resolví á preguntarle si me conocía, ó me había visto en alguna otra parte.

—No, señor: me respondió.

—¡Oh, no puede ser! Usted ha de conocerme sin duda.

—No, mi amo: primera vez que veo á su mercé.

—¿Pues, por qué me mira con esa expresión de extrañeza?

—¡Ah! eso es por naita, señor amo. Discurro que su mercé vive aquí cerca...

—Sí, amigo: yo vivo allí, en frente.

—¿Allá en el santo hospital de nuestro Señor San Lázaro?

—Sí.

—¡Ah, ah!

—¿Y qué?

—¡Eh, eh!

—Vamos, ¿qué ocurre?

—Ya, ya.

Y mientras pasaba este diálogo ridículo, el mendigo encogía lentamente el brazo, procurando cubrirse la mano con la ancha manga de su mugrienta camisola, sin duda para evitar el contacto de mi mano con la suya; porque decididamente á aquel hombre, ó le causaba yo una abierta repugnancia, ó á su edad, que, en mi concepto, raya en los setenta y cinco, tenía miedo de contagiarse, y venir á acabar su vida al miserable hospital de San Lázaro. No quise prolongar una conversación, en que yo iba á llevar la peor parte. Dejé caer las dos pesetas sobre la manga del mendigo, y después de haberle despedido con buenas palabras, volví á mi primera ocupación. Pocos momentos después, desde un merión

del castillejo, vi á mi hombre muy empeñado, lavando en la orilla del mar, con arena y piedra pomez, las dos pesetas que le había dado de limosna. Amargas reflexiones me asaltaron; pero, gracias á Dios, recobré luego la tranquilidad de espíritu, que me es tan necesaria.

Y como si lo ocurrido en aquel día no fuese bastante, al siguiente tuve otra ligera mortificación. Paseábame por las cercanías del cementerio, que distará un tiro de pistola del hospital. Observé que la puerta estaba entreabierta, y desde luego creí que se estaría verificando la inhumación de algún cadáver. Fuese curiosidad, ó cierto deseo de orar por los difuntos en aquel sitio fúnebre, destinado á recibir los últimos restos del hombre, resolvíme á entrar. No había dado muchos pasos, cuando un anciano vigoroso, mal vestido, y de modales no muy corteses, se me acercó, sentó una de sus pesadísimas manos sobre mi hombro izquierdo, y, después de contemplarme algunos instantes, me dijo con acento familiar.

—Si, como yo creo, y no mienten las señales, es usted algún lazarino, me parece que haría usted muy bien en marcharse luego del camposanto.

—¡Yo!

—Sí, señor: usted en persona. ¿Pues quién otro hay aquí? Van á venir gen-

tes de tono, acompañando el cadáver de una señora que murió ayer, y semejante vista no les será muy lisonjera, que digamos.

—Así lo creo, amigo mío; pero ruego á usted me permita preguntarle, ¿con qué derecho me hace una advertencia semejante?

—¿Con qué derecho? ¡Estamos frescos! ¿Esta mi cara, tal como Dios me la ha dado, y usted me la ve, no le está diciendo, á grito herido, que yo ejerzo aquí un ministerio, del cual, si en algo estima usted su vida, debía pedir al cielo que le librase?

—¡Ah! ¿Será usted algún verdugo, y no habré caído en ello?

—¿Está usted loco, hombre de Dios, ó de los diablos? Pues me gusta la salida. ¡Verdugo! Vaya una ocurrencia. No, señor mío: yo no soy, ni he sido jamás verdugo. ¡Dios me ampare! Soy el sepulturero mayor, con nombramiento en forma del mayordomo de fábrica, extendido en papel sellado de á cuatro reales; y ya debía usted haberlo conocido, si es que entiende algo de achaque de cementerios.

—Ahora comprendo cuál es el oficio de usted, y le doy la enhorabuena; pero yo ignoraba que su autoridad tuviese tal latitud, que se extendiese hasta impedir la entrada á un particular, á quien le vi-

niese á cuento penetrar en un sitio, que está abierto para los vivos y los muertos.

—¡Ola! Parece que usted es algún pápelista cabiloso. Pues le notifico á usted para su inteligencia, señor bachiller, que ni es usted uno de los vivos, porque está muerto civilmente, (creo que así se dice); ni es usted un muerto de veras, supuesto que ha entrado aquí por sus propios pies, y no por los ajenos. Con que ya puede ir despejando, y déjese de argumentos, que yo no soy muy dado por allí, que digamos.

Soltóme el hombro, y se dirigió á un rincón á tomar su pala.

—¡Vamos! no se enoje usted, amiguito, me gritó, porque no he tenido más objeto, que librarlo de una mortificación, que le sería mucho más sensible, que todo lo que le he dicho. ¡Dios me libre de causar, voluntariamente, á ninguno de los pobres lazarinos, el más pequeño disgusto! Pero el entierro va á llegar, y no sería yo quien le aconsejase que permaneciese por más tiempo dentro del cementerio.

Dejó la pala y volvió á acercarse. Tómome, con dulzura, una de las manos, como arrepentido de haberme tratado con alguna dureza, y continuó.

—Mire usted, caballero: viene en la comitiva el síndico procurador, que no

transige con los lazarinos. Yo no sé si será porque se dice, que es algo propenso á esta enfermedad; pero lo cierto es, que tiene á todos ustedes una ojeriza implacable. Con que ya ve usted si tengo razón para suplicarle que no se quede en este sitio.

—¡Con que no hay medio de poder estar aquí unos momentos, señor sepulturero!

—Sí: hay dos medios, y muy eficaces. El primero es morir, cosa que no le deseo en manera alguna; y el segundo, que venga usted cuando yo esté solo y no tenga que esperar algún entierro, de esos que se anuncian con esquilas.

—Según eso, usted me permitirá volver. ¿Es verdad?

—¡Toma! pues bien claro se lo he dicho. Sí, señor: vuelva usted cuando yo esté solo, y se estará aquí todo el tiempo que guste; aunque, á decir verdad, yo no sé qué tiene de agradable venir á un cementerio.

Despedíme, y salí muy de prisa, porque ya sentía acercarse el rumor de los carruajes que acompañaban el entierro. El sepulturero murmuró entre dientes. “¡Pobre niño! Maldito si yo tengo ni migaja de miedo á estos desdichados lazarinos!” ¡Cuánto le agradecí esta muestra de compasión!